

## La experiencia coreana en la Argentina: ¿hacia una construcción de la integración?

Mirta Bialogorski<sup>1</sup>

Hace más de quince años inicié mis primeros contactos con la colectividad coreana de Buenos Aires, interesada en registrar y analizar desde una perspectiva antropológica, cómo se iban entretejiendo los vínculos entre estos nuevos inmigrantes y la sociedad argentina.

El trabajo de investigación me condujo por un lado, a reflexionar teóricamente, acerca de la eficacia del uso del concepto de *integración* para analizar este proceso de articulación. Pero sobre todo, me llevó a indagar qué entendían por *integración* los propios protagonistas (coreanos y argentinos).

Esta noción que, precisamente, encontramos tanto en el discurso cotidiano como en el de los científicos sociales tiene una larga tradición ligada a distintas circunstancias históricas y condiciones ideológicas asociadas al hecho de dar forma, imponer, explicar o justificar el contacto entre grupos culturalmente diferentes y muchas veces desiguales. La Argentina misma se caracteriza por un fuerte pasado inmigratorio y una política exitosa que se basó en un proyecto nacional integracionista y asimilacionista (el “crisol de razas”) en que se trató de subsumir la diversidad en torno a una identidad nacional única.

Hoy en día no sólo se pone en cuestión el relato de una identidad homogénea, sino la validez de la noción misma de integración para “pensar relaciones sociales pluralistas, simétricas y democráticas entre los grupos de una sociedad” (Grimson, 2002)

*Integración* como todo concepto, es resultado de una construcción social que adquiere su valor específico en la interioridad de un sistema de designaciones que también es histórico. Así, aparece ligada a la noción de asimilación y como contraposición, a la de diversidad cultural, precisamente, para responder a la crisis de un estado-nación que enfatizó la unidad y la homogeneidad a costa de la diferencia.

Pero incluso la idea de combinar diversidad e integración que se fue imponiendo en las últimas décadas del Siglo XX, en el Siglo XXI no es suficiente. Ahora la pregunta es cómo ponerla a favor de proyectos colectivos, cómo trabajar a partir de la heterogeneidad para lograr un diálogo horizontal.

En esta ocasión propongo abordar la **experiencia coreana en la Argentina**, haciendo una breve historia de su inserción, para centrarnos luego en cómo este grupo de inmigración reciente, fue definiendo diacrónicamente y en la interacción cotidiana, las diferentes modalidades del vínculo con los integrantes del contexto receptor. Vamos a ver entonces, que hablan de “*adaptación*”, “*argentinización*”, “*identificación*” y en particular, de “*integración*”.

Optamos por no partir de definiciones apriorísticas y ver en cambio, cómo cada una de estas nociones va configurando este proceso de interrelación dinámico por el cual se desarrolla esta cultura migrante, evidenciando tensiones y conflictos tanto inter como intragrupal.

---

<sup>1</sup> Dra. En Ciencias Antropológicas. Universidad de Buenos Aires. Investigadora en el Museo de Arte Popular José Hernández (GCBA)

Para finalizar, reflexionaremos en base a estas construcciones, acerca de posibilidades diferentes de intervenir en el vínculo mediante acciones concretas.

### **Una breve historia...**

El primer contingente de inmigrantes procedente de Corea del Sur arribó a la Argentina de manera oficial en 1965 constituyendo el germen de una pequeña comunidad que, tras un cambio de proyectos de desarrollo rural, decidió instalarse en el área urbana de Buenos Aires. Durante los años 80 se fueron ampliando sus límites con la incorporación de nuevos integrantes. El momento de mayor flujo se registra entre 1985 y 1988, instancia en que la presencia coreana comenzó a hacerse fuertemente visible, evidenciando un alto impacto sobre todo, entre los habitantes porteños. No sólo porque desde 1930 había decrecido la fuerte tendencia inmigratoria que había caracterizado a la Argentina, sino también porque, a diferencia de la inmigración tradicional europea o limítrofe, se trataba de un grupo con una cultura, una fisonomía y un idioma marcadamente distintos a los de la sociedad receptora.

En la década del 90 el flujo fue decreciendo ligado en gran medida, a las transformaciones y crisis económicas, políticas y sociales atravesadas por la Argentina. En los últimos años, si bien muchos han emigrado, algunos en cambio, regresaron y también están llegando nuevos inmigrantes.

Puede afirmarse que a cuarenta años de la inmigración coreana en este país, existe una comunidad asentada que ha construido vínculos con el entorno de manera diferencial según las diversas esferas de la convivencia - económica, social, cultural, educativa, artística- con sus áreas de proximidad y distancia.

En la esfera económica la mayor parte de sus miembros se incorporó al mercado a través del comercio y la pequeña y mediana industria textil, su principal mecanismo de articulación con el contexto receptor. Establecieron relaciones laborales con argentinos (proveedores, clientes, empleados, comerciantes) y con otros grupos minoritarios (comerciantes y fabricantes argentinos de origen judío y empleados paraguayos y bolivianos principalmente). El rubro textil se convirtió en el imaginario social, en emblema de la comunidad coreana.

Cuando argentinos y coreanos se refieren a este punto, coinciden en afirmar respecto de estos últimos, su *integración*, esto es, su participación efectiva en la economía nacional.

Los argentinos reconocen el desarrollo de esta actividad en cuya implementación los fabricantes y empresarios coreanos introdujeron modificaciones concretas en el mercado local: beneficiaron a los consumidores, activaron un rubro relegado por falta de inversiones y en situación crítica desde los años '80 y contribuyeron al desarrollo de dos zonas comerciales de la ciudad de Buenos Aires (los barrios de Flores y Once) en las que tradicionalmente se asentaban comerciantes y empresarios textiles argentinos de origen judío y armenio.

A partir de los años '90 se advierte en la colectividad coreana una diversificación en los rangos de inserción al iniciarse un movimiento de profesionalización. Es posible observar en los jóvenes un interés por graduarse sobre todo en las carreras de Odontología, Medicina, Ciencias Económicas, Derecho, Diseño Textil y Arquitectura. El aumento se verifica no sólo en el número de estudiantes universitarios de origen coreano sino también en el de profesionales, todos ellos pertenecientes a la generación "Uno punto cinco" que completaron sus estudios en la Argentina (1).

Poco a poco se fueron ampliando los espacios de comunicación posible con el argentino limitados hasta ese momento al ámbito del comercio y la educación ya que otras áreas de la vida social, cultural y religiosa, habían quedado más relegadas.

Sin embargo, en cada una de ellas se fueron abriendo paulatinamente, ciertas cuñas (cfr Bialogorski, 2004a). Las iglesias étnicas más allá de sus orientaciones específicas y concebidas como espacios de sociabilidad y solidaridad, no sólo desempeñaron desde el inicio funciones comunitarias sino también han cumplido y siguen cumpliendo el papel de mediadoras entre la cultura coreana y la local a través de acciones solidarias y de caridad (2).

En la esfera cultural, artistas plásticos coreanos formados en su país de origen o en la Argentina, fueron desarrollando una actividad que en los últimos años se ha hecho más perceptible para los argentinos a través de sus talleres, sus muestras individuales y/o grupales (3) y su presencia en eventos interculturales. Eventos que han contado con apoyo oficial y que han ofrecido además, una posibilidad de acercamiento a diversas manifestaciones de la cultura coreana como la música, la danza, la cinematografía, las artes marciales (en particular, el tae kwondo y el sipal- ki) y la gastronomía (4).

En el área educativa, el actual Instituto Coreano Argentino (I.C.A.), pasó de ser un ámbito destinado en principio a la enseñanza de la lengua y cultura coreanas dirigido exclusivamente a los niños y jóvenes de la colectividad (una “escuela de los sábados”), a convertirse en una escuela trilingüe (castellano, coreano e inglés) de nivel pre-escolar y primario que ha incorporado el programa oficial en su plan de estudio y que desarrolla actividades de extensión cultural (por ejemplo, cursos de idioma coreano) orientadas a la sociedad argentina.

Todo ello ha ido contribuyendo de manera positiva a que la población local establezca contacto con aspectos desconocidos del grupo.

### **Ahora bien, ¿qué pasa en la interacción cotidiana? ¿cómo construyen los integrantes de la colectividad coreana sus vínculos con el argentino?**

En su discurso sobre la experiencia inmigratoria, vemos que asumen diversas posiciones y actitudes - tanto a nivel individual como comunitario- frente a las reglas, normas y modos de vida que les ofrece el nuevo escenario. Lo que muestran los testimonios son, justamente, los distintos grados de tensión entre una adhesión (total o parcial) al ámbito socio-cultural actual y su identificación (total o parcial) con el grupo de pertenencia. Con expresiones recurrentes, los integrantes de la colectividad coreana describen modalidades diversas de vinculación: *“adaptación”*, *“argentinización”*, *“identificación”* e *“integración”* (Bialogorski, 2004b).

La noción de *“adaptación”* la remiten a una **actitud pasiva** de aceptación de una realidad dada. El idioma, ciertas costumbres y una mentalidad “típica” adjudicada a los argentinos (modos de relación, prácticas laborales) aparecen como aquello que la sociedad impone al conjunto de los inmigrantes y que ellos deben aceptar sin oponer resistencia alguna. A los jóvenes se atribuye esta actitud que, llevada al extremo, se la califica críticamente en el endogrupo de “conformismo” y hasta se la llega a considerar como un síntoma de alejamiento de la comunidad de pertenencia.

La percepción que predomina para la generalidad de la primera generación es por el contrario, la imposibilidad de adaptación cuando no, directamente, el rechazo explícito de la nueva realidad. Por eso, cuando se suele afirmar que existe una relación indiscutida entre adaptación y mayor tiempo de residencia, lo que se observa es que salvo excepciones, esto no se cumple entre los primeros inmigrantes.

Una segunda modalidad del vínculo es la que denominan “*argentinización*” que, a diferencia de la anterior, se describe como una **actitud activa** que da cuenta de una **adecuación instrumental al contexto**. “Argentinizarse” significa “actuar como”: pensar, vivir, hablar, vestirse, comportarse, como, claro está, un argentino.

Definición que, si bien conduce a pensar en una identificación con el otro, plantea más bien la diferencia que se infiere del énfasis puesto, precisamente, en la alusión a esa **actitud de imitación**: asumiendo que no se es argentino, la cuestión radica en “parecerlo” o “aparentarlo” al menos de manera formal, en el terreno de las relaciones intergrupales.

Los mencionados como los más proclives a la *argentinización* son otra vez los **jóvenes**, sobre todo, los que han llegado siendo **adolescentes o pequeños** y han pasado por alguna de las etapas de escolarización. A ellos se les atribuye haber aceptado de buen grado y con mayor velocidad ideas occidentales y hábitos argentinos, que aquí se asocian tanto a la vestimenta, al modo de hablar, a la gestualidad, como a un rasgo de personalidad: la extroversión.

Los pares argentinos advierten esta modalidad y distinguen también entre jóvenes coreanos que mantienen su tradición familiar y los que “parecen argentinos” o “son como nosotros” y a quienes por lo tanto, se los percibe como más próximos.

Los entrevistados se refieren a la *argentinización* como a un proceso del cual excluyen nuevamente, a los adultos mayores.

Una tercera modalidad de construir el vínculo es por medio de la noción de “**identificación**” con la que aluden a su **adscripción** tanto a la **sociedad argentina** como a la **comunidad de origen**.

Partiendo de la afirmación de que la mitad de la comunidad es ciudadana argentina ya sea por nacimiento o por opción (caso más bien excepcional), pero que muchos además, se auto-perciben como argentinos (no sólo “adaptados” o “argentinizados”), los testimonios coreanos oponen ese “**ser o sentirse argentinos**” a la falta de reconocimiento como tales en ámbitos de la sociedad receptora en donde se les da trato de extranjeros en virtud fundamentalmente, de los diacríticos físico, lo que afecta de manera negativa la interrelación.

Este proceso de identificación se conecta también como decíamos, con la **adscripción** al propio **grupo de pertenencia**, poniendo en juego ambas adscripciones.

Nos encontramos así con lo que se da en llamar el “**conflicto de la doble identidad**” que emerge en referencia a los jóvenes coreanos que rechazan (parcial o totalmente) tanto su identificación con la cultura y los valores del endogrupo, como con la cultura y los valores del contexto mayoritario.

Este rechazo surge enlazado a la pregunta por la esencia del sujeto, por el ser (“¿qué soy?”), que cuando afecta a la identificación primigenia (hecho que muchas veces aparece frente a comportamientos de los mayores y que los jóvenes no aceptan y critican) crea un vacío identitario que pareciera no encontrar respuesta en el nuevo escenario (“no soy coreano, pero entonces, ¿qué soy?”).

Por el contrario, el rechazo a la cultura local asociada a situaciones de discriminación o bien al cuestionamiento puntual de ciertas conductas, conduce inmediatamente, a la identificación con la cultura coreana (“no soy argentino, soy coreano”) y un repliegue en el endogrupo.

Estas situaciones de crisis tienen que ver también, con el hecho de advertir la necesidad de desarrollar una **dobles competencia cultural** al encontrarse dos universos cognitivos no sólo diferentes sino muchas veces contradictorios que coloca sobre todo a los niños y jóvenes, frente a la dicotomía de tener que optar por una u otra cultura. Dicotomía que para algunos no es tal, ya que dan cuenta de haber logrado la articulación de ambas y ven la necesidad de trabajar en esa dirección.

Una cuarta instancia del vínculo es descripta como “**integración**” y presenta tres modos distintos de significarse.

En **primer lugar**, la acción de “*integrarse*” aparece ligada a una actitud de **participación** en la sociedad argentina y con los argentinos: no se trata de “actuar como” (“*argentinización*”) sino de “*ser o formar parte de*”.

La *integración* aparece como un **proceso en proceso**, un **objetivo** al que se debe llegar a través de un **esfuerzo comunitario consciente**. Por lo tanto, al describirlo, se hace referencia a estrategias y a diversas actitudes (deseo, voluntad) que se adjudican a distintos sectores de la colectividad según el momento histórico.

En los **años 80** se evidencia en miembros de la **primera generación**, un especial interés por el tema de la *integración* entendida como una **adecuación al nuevo medio** que es imprescindible incentivar en los más jóvenes. Ellos aspiran para sus hijos un lugar central, protagónico en la vida social argentina, no periférico y menos aún marginal, como el que reconocen ocupar en tanto inmigrantes primigenios. Y sostienen que es a través del estudio y la profesionalización que se puede lograr.

En esa instancia, advierten con preocupación lo que consideran es una falta de interés en los jóvenes por estudiar, es decir, por “*integrarse*” a la sociedad mayoritaria. Actitud que aquéllos no niegan pero que atribuyen a la situación y los obstáculos a enfrentar: la barrera idiomática que se hace por demás evidente en el ámbito de la escuela y la universidad, el compromiso familiar con el trabajo que resta tiempo al estudio y el rechazo social una y otra vez experimentado.

Ya hacia fines de los años 80, principios de los 90 miembros de la generación intermedia a través de una Asociación denominada “Uno punto cinco”, se posicionan como intermediarios en la comunicación entre la sociedad argentina y su propia comunidad.

Son ellos quienes se proponen tomar a cargo la responsabilidad de transmitir y plantear al grupo de pertenencia (a los mayores en particular) la importancia fundamental de una *integración* que vinculan con la necesidad de hacerse conocer y participar en la sociedad argentina con el fin de promover la aceptación del inmigrante coreano. La presencia en los medios de comunicación fue la instancia adoptada por esta organización.

Cabe señalar que la preocupación por la *integración* entendida de esta manera, surge en un momento en que en los medios de prensa se atacaba sistemáticamente a la colectividad, resultándole dificultoso actuar a los líderes de primera generación ya que no estaban familiarizados con el manejo del castellano ni con ciertos hábitos y costumbres locales.

Vemos entonces, cómo la *integración* aparece construida como una meta a alcanzar en base a la creación de estrategias de comunicación con el entorno. Además de la Asociación Coreana ya existente, surgen en este período organizaciones como la mencionada “Uno punto Cinco”, la Asociación de Universitarios Coreanos en Argentina

(A.U.C.A.), la Asociación de Profesionales Coreanos (A.P.U.C.), entre otras, que plantean entre sus objetivos la necesidad de trabajar el vínculo con el contexto receptor participando en actividades interculturales, extendiendo redes con instituciones argentinas similares e implementando, como leemos en uno de sus Reglamentos, “los medios necesarios en pro de una integración de la colectividad coreana en la sociedad argentina”(5)

Una **segunda** significación de la noción de *integración*, alude al hecho concreto de poder “**compartir algo**” con el argentino: una modalidad de trabajo, una opinión, un ámbito común (trabajo, estudio, diversión), una forma de ser, temas de interés (intelectual, deportivo, laboral) *Integrarse* no depende ya de una **acción pautada y orientada** sino que emerge de **manera espontánea** de la propia **convivencia**.

Esta noción de *integración* da cuenta de **mejores posibilidades de proximidad** en áreas como la **escuela**, la **universidad** o el **comercio**, en donde las relaciones ocurren necesariamente, aunque se reducen a un tiempo y espacio limitados

Se señala por ejemplo, que los adolescentes y jóvenes varones, demuestran una predisposición más marcada a la interrelación con sus pares argentinos, sobre todo en el área social y deportiva resultado del lugar que la propia cultura les asigna. En el ámbito comercial en cambio, es a la mujer adulta a quien se le reconoce desde el comienzo, una capacidad de relación interpersonal más efectiva con el entorno que la evidenciada por los hombres.

Cuando de lo que se trata es de vínculos como la **amistad**, el **noviazgo** y el **matrimonio**, aparecen las **zonas de máximo distanciamiento** que giran alrededor de las diferencias culturales: el idioma, la educación, la tradición y ciertos valores.

En torno a este ámbito, persiste todavía dentro de la colectividad coreana, tanto para la primera generación como para la intermedia e incluso entre la segunda generación, la percepción de un grupo volcado mayormente hacia el interior.

Los jóvenes privilegian las iglesias étnicas como lugar de encuentro social con pares y los ámbitos de esparcimiento pertenecientes a la colectividad (restaurantes, pubs, cantobares, ciber cafés, etc.) Aún cuando muchos consideran haber superado la barrera idiomática, la dificultad de ampliar las zonas de sociabilidad con el argentino se mantiene particularmente, en los modos diferenciales y preferenciales de diversión y en temas de interés muchas veces difíciles de compartir.

Por su parte, los argentinos si bien han incorporado a los nuevos inmigrantes en su imaginario, la identificación inmediata es sobre todo con el ámbito textil y predomina en ellos un enorme desconocimiento de otros muchos aspectos del grupo a lo que se suma una percepción de colectividad todavía distanciada de la mayoría a nivel simbólico y social.

Hay una **tercera** modalidad para describir la *integración* y es como un proceso de **asimilación total** con lo occidental. Esto alude a un borramiento de la diferencia por pérdida del **idioma de origen**, de la **cultura** y la **mentalidad oriental** y hasta de los **rasgos físicos y gestuales**, todo ello ligado con la **pérdida de la identidad**.

Se suele relacionar esta modalidad con la variable temporal, al punto de afirmar la asimilación como un hecho inevitable en la **tercera generación**. Es interesante observar que esta idea estuvo presente como objetivo, en ciertos representantes de la comunidad que, en la década del 80, sostenían la necesidad de una integración radical, posición criticada y resistida en aquella instancia y también en el presente.

Dependiendo de cuál es el significado que se le atribuye en cada caso a la idea de *integración* registramos dos visiones contrapuestas: las que sostienen que la misma trae aparejado el **conflicto social, la segregación y la discriminación**. O por el contrario, las que consideran que una mayor *integración*, **neutraliza tales** conflictos.

### ¿Hablamos entonces, de integración?

Hay ciertamente un discurso múltiple entre los inmigrantes coreanos y sus descendientes en el escenario argentino en el que se afirman, se niegan y se relativizan la voluntad y la posibilidad de *integrarse* tanto a nivel individual como comunitario.

Vista como un medio de apertura para la **comunicación, el conocimiento, la mutua aceptación** pero **sin poner en peligro la identificación con la cultura propia**, la *integración* se manifiesta como algo **esperable** y hasta **deseable**. Vista en términos de **asimilación** no es aceptada ni por coreanos ni por argentinos.

Si pensamos en **propuestas** para intervenir en estos vínculos convendría hacer una distinción entre la *integración* planteada como “**ser o formar parte de**” (la sociedad argentina) que implica una **acción hacia una meta**, e *integración* como “**compartir algo**” que surge como dijimos, de manera espontánea, de la **interacción cotidiana**.

En el primer caso, habría que discutir el objetivo de esa meta y los medios para alcanzarla y aquí intervendrían las políticas estatales, interestatales y comunitarias.

Desde el punto de vista de las políticas culturales oficiales argentinas, no existen acciones sistemáticas tendientes a trabajar sobre los vínculos entre minorías de origen extranjero y el contexto receptor. Y, en los ámbitos oficiales en que sí se contempla la presencia multiétnica y pluricultural de la sociedad en términos de acción y gestión (por ejemplo, los ligados al Patrimonio Histórico y Cultural, los Derechos Humanos, la relación con las Colectividades) se prefiere obviar el término *integración* y hablar de “**diversidad cultural**” en contraposición explícita a la ideología de la homogeneización identitaria y cultural, hegemónica en el proceso de constitución del estado- nacional y aún a lo largo del S.XX. (6).

No obstante, con la expresión “diversidad cultural” también hay que tomar ciertos recaudos dado que, según como cada cual se apropie de este término, serán las políticas planteadas: pueden orientarse tanto a la reivindicación de derechos como a ocultar profundas desigualdades con la inclusión de lo “cultural” cayendo en una esencialización de las identidades como prácticas de reconocimiento (Ochoa, 2002:125)

Recordemos que la significación de cada uno de estos conceptos –integración, diversidad, cultura, identidad- es compleja, contradictoria y siempre dinámica. Hay que observar además, que en estas construcciones los estados juegan un papel fundamental ya que sus discursos no sólo incorporan o no a los inmigrantes en los proyectos políticos y económicos de las naciones (CfrGrimson y Godoy-Anativia, 2003) sino que contribuyen a la configuración y valoración de las imágenes propias y de los otros que los constituyen como sujetos.

Creemos que las **políticas culturales** pueden intervenir desde un papel proactivo en acciones de reconocimiento de aquellos actores excluidos entre otras razones por la distancia cultural, pero siempre y cuando no se conformen sólo con mostrar la diversidad sino que activen los mecanismos adecuados para **poner su cultura en valor**. Pensemos que la cultura no es algo estático, inamovible, tiene que ver con crear significados, establecer diálogos, construir relaciones. De ahí que sea tan importante la

participación conjunta de las **instituciones oficiales y comunitarias** a la hora de encarar la posibilidad de proponer un diálogo a través de la cultura.

También **proyectos intergubernamentales** que atiendan a acuerdos de cooperación e intercambio en distintos ámbitos (económico, académico, cultural, tecnológico, etc.) pueden ser mecanismos exitosos que contribuyan al conocimiento, la comprensión y el acercamiento mutuo. De hecho, los respectivos gobiernos de la República de Corea y de la Argentina ya han comenzado a trabajar en ese sentido (7).

En todos los casos, las diferentes políticas deben tener en cuenta si y de qué manera afectan a los integrantes concretos de una colectividad y a las vinculaciones efectivas con los miembros de la sociedad en la que está inserta. Para ello es esencial dar cabida a la **voz de los propios actores**, es decir, a todos los que constituyen el “campo” migrante (líderes, sociedad civil, mediadores culturales, etc. argentinos, coreanos y argentinos de origen coreano) y realizar un **monitoreo sistemático** de los **efectos** de las acciones implementadas.

En el segundo caso, cuando nos referimos a **integración** como “**compartir algo**”, hay que tener en cuenta que se trata de un resultado que emerge de las nuevas formas de relación intergrupala, producto de una permanente reestructuración dialéctica de las predisposiciones culturales y cognitivas compartidas y la práctica social.

Entonces, es imprescindible a fin de brindar elementos para elaborar políticas concretas, **investigar y analizar en cada ámbito específico de la convivencia** (el educativo es sólo un ejemplo) qué particularidades va adquiriendo el vínculo y dónde se producen las zonas de mayor o menor proximidad o distancia para actuar sobre ellas.

Como se desprende de lo visto, es necesario trabajar en distintas dimensiones y en tal sentido, es tan fundamental difundir el **patrimonio cultural del grupo** en ámbitos públicos, dar mayor impulso a **espacios de encuentro comunes** (académicos y no académicos), establecer **intercambios entre el país de origen y el país receptor**, como llevar adelante de manera sistemática, **investigaciones cualitativas**, puntuales, para mejorar la comunicación en las distintas áreas de la vida cotidiana. Esto significa poner la lupa en los pequeños territorios de encuentro interpersonal, que es donde se inscriben las subjetividades y se desarrollan efectivamente las relaciones a escala humana.

En fin, la tarea es mucha y requiere de un enorme esfuerzo por parte de quienes, desde distintos lugares, estamos vinculados y comprometidos con este objetivo de profundizar, comprender y enriquecer las relaciones mutuas entre coreanos y argentinos.

## **Notas**

1) “Uno punto cinco” es una categoría emic utilizada por los miembros de la colectividad coreana para referirse a los hijos de los inmigrantes coreanos que nacieron en Corea.

2) Un ejemplo paradigmático es la acción de una de las primeras iglesias establecidas en el país, en 1972, la Misión Chung Ang cuya doctrina, de filiación presbiteriana, se ha convertido en una de las más representativas de la colectividad en la Argentina. Realiza una labor solidaria y educativa en comunidades marginales del interior del país como en la población indígena de Pozo Azul, en la provincia de Misiones y en la comunidad de San Pedro, en la provincia de Jujuy. En los últimos años, en la Ciudad de Buenos Aires lleva a cabo un ministerio para gente de la tercera edad, abierto a la sociedad en general



y da alimento de manera regular, a ciento cincuenta indigentes. Otra de sus funciones esenciales es la formación de pastores coreanos y argentinos (Cfr Bialogorski, 2004a).

3) Un ejemplo es el artista plástico Cho Yong Hwa, quien ha participado en numerosos salones y, con singular relevancia, en ArteBA, la feria de galerías de arte más importante de la Argentina. Otros también a través de sus muestras y desde la docencia, transmiten su arte basado en técnicas tradicionales, como el artista plástico Park Seung Kil y no tradicionales, como la pintora y escultora Kim Ran, a alumnos coreanos y argentinos.

Un importante aporte es el que realizan los artistas plásticos nucleados en la Academia de Artes Plásticas Coreana, fundada en 1997 y dirigida por una reconocida escultora, Kim Yun Shin (Ibid).

4) Podemos nombrar por ejemplo, la celebración de “Los 35 años de la inmigración coreana en la Argentina”, evento fue organizado por el Instituto de Investigaciones Gino Germani, de la Universidad de Buenos Aires, el Museo Roca- Instituto de Investigaciones Históricas, la Asociación de Profesionales Universitarios Coreanos (A.P.U.C.), la Asociación de Universitarios Coreanos en la Argentina (A.U.C.A.) y la Embajada de Corea

También podemos citar “La Semana Cultural de Corea” que tuvo lugar entre el 22 de octubre y el 2 de noviembre de 2001 como parte del Programa “Cruzando Culturas” organizado por la Secretaría de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires y la Secretaría de Cultura de la Nación y que contó con el apoyo y colaboración de la colectividad a través de la Asociación de Coreanos en Argentina, y de otras asociaciones comunitarias. Se contó asimismo con el auspicio de la Embajada de la República de Corea

5) Documento de la A.P.U.C, 22/10/88

6) Entrevista personal realizada a la Lic. Leticia Maronese, Secretaria General de la Comisión para la Preservación del Patrimonio Histórico y Cultural de la Ciudad de Buenos Aires (Gobierno Autónomo de la Ciudad de Buenos Aires) y al Lic. Luis Gotfryd, Coordinador del Programa de Colectividades (Gobierno Autónomo de la Ciudad de Buenos Aires)

7) Discurso del Embajador de Corea Choe Yang Boo en el Primer Congreso Nacional de Estudios Coreanos en Argentina, Organizado por la Asociación Argentina de Estudios Coreanos, 8 y 9 de junio de 2005, Universidad Nacional de Rosario, Santa Fe, Argentina.

## **Bibliografía**

Arantes, Antonio (1999) “Desigualdad y diferencia” *La dinámica global/local*. Rubens Bayardo y Mónica Lacarrieu comp. La Crujía. Buenos Aires, Argentina

Bialogorski, Mirta (2004a) “La comunidad coreana en Argentina. Logros de una inmigración reciente”. *Cuando Oriente llegó a América. Contribuciones de inmigrantes chinos, japoneses y coreanos*. Cap.XIV. Edit.BID.

Bialogorski, Mirta (2004b) *La presencia coreana en la Argentina. Construcción de una experiencia migratoria*. Tesis de Doctorado de la Universidad de Buenos Aires.

Facultad de Filosofía y Letras. [www.centro-de-semiotica-com.ar](http://www.centro-de-semiotica-com.ar) Biblioteca Virtual.  
Fecha: 22/08/04

Grimson, A. (2002): “Epílogo.¿Qué hacemos con “integración” frente a las políticas de integración? *El otro lado del río*. EUDEBA, Buenos Aires.

Grimson, A. Godoy-Anativia, M. (2003): “Introducción” Revista *Estudios Migratorios Latinoamericanos* – Nro.52 “Los flujos translocales en las Américas” Diciembre, Buenos Aires.

Ochoa Gauthier, Ana María (2002) “Desencuentros entre los medios y las mediaciones: Estado, diversidad y políticas de reconocimiento cultural en Colombia”. *La (in)digestión cultural*. M. Lacarrieu y M. Alvarez comp. La Crujía, Buenos Aires. Argentina.